

LA MISIÓN DE LOS ATENEOS EN EL SIGLO XXI



JOSÉ LUIS ABELLÁN



La palabra *Ateneo* es de inspiración griega, y hace una referencia evidente a Palas Atenea, la diosa de la sabiduría que nació armada de la cabeza de Júpiter, sin duda con la idea de que el saber hay que defenderlo de la ignorancia, de la violencia y de todos sus enemigos. Su significación es muy distinta a la que tiene Apolo, dios de la inteligencia y de todas las artes, que impone por irradiación solar su imperio frente al impulso contrario de Dionisos. Apolo no necesita defenderse; Atenea, sí; esta es la diferencia. Mucho más importante de lo que a primera vista pudiera parecer, en un mundo donde el saber parece acosado desde tantos ámbitos.

El primer acoso le viene a la sabiduría de donde menos podíamos imaginarlo: del conocimiento mismo. Una acumulación de información científica tan desorbitada como la que hoy poseemos puede resultar contraria a una actitud sabia ante la vida. El exceso de conocimientos puede saturarnos de información y conducirnos a la inacción o a la barbarie. Ya Ortega y Gasset hablaba de la “barbarie del especialismo”, y es que efectivamente: un plus de información sin criterios éticos y morales que lo orienten y delimiten puede convertirnos en “bárbaros”. De hecho, hoy hay muchas zonas del planeta donde la barbarie impera, y no precisamente porque sean pobres o subdesarrollados, sino sencillamente porque ha desaparecido el sentido humano del saber.

He aquí el primer objetivo de cualquier Ateneo que se precie: estimular el sentido humano de la existencia y el cultivo de las humanidades. Desde este punto de vista, encontramos ya un primer acercamiento a la importancia de los Ateneos en el mundo hispánico, dentro de un humanismo que tuvo su origen en Castilla cuando imperaba la fórmula del “aquí nadie es más que nadie”, luego reconvertida por Antonio Machado en un famoso apotegma: “por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre”. Y es que este es el sentido hispánico de la vida, impuesto a lo largo de los siglos.

La misión de los Ateneos hay que enmarcarla dentro de esas coordenadas, y de hecho todo su desarrollo histórico ha marchado en esa dirección, desde los primeros Ateneos que hubo ya bajo el Imperio romano, surgidos con el imperativo de mantener viva la tradición de la cultura greco-latina. Aunque bien es cierto que su importancia se renovó sustancialmente durante los tiempos de la Ilustración francesa, por las mismas circunstancias que estamos invocando aquí. El *Athenée de les Arts*, en Marsella, creó el modelo que se difundió por todo el territorio francés y luego se importó a España. Ese Ateneo tenía como fin difundir y propagar “las luces” como fundamento de la democracia. Desde entonces se impuso la convicción de que no podía haber democracia sin la debida educación del pueblo; de ahí la necesidad de la instrucción y de la ilustración.

En España tenemos un ejemplo palmario de lo que decimos cuando la magnífica labor de las Cortes de Cádiz (1810-1812) en pro de una Monarquía constitucional y parlamentaria se vio interrumpida por la llegada de un Fernando VII que volvió a imponer el absolutismo, coreado por el pueblo que gritaba: “¡Vivan las cadenas!”. Es evidente que educar al pueblo se convertía en tarea prioritaria; por eso en 1820 cuando se restablece la Constitución de Cádiz, durante el llamado “trienio liberal”, lo primero que hacen los próceres del país es fundar un *Ateneo Español*; mediante él se podría realizar la imprescindible labor de extender los valores de la Ilustración y propagar las llamadas “luces”, de tal modo que se extendiese a todas las clases sociales el ideario exigible para su definitivo asentamiento de la democracia. Es perfectamente coherente por ello que dicho Ateneo surgiese como una “Sociedad patriótica”, emanada de la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, uno de los organismos emblemáticos de la Ilustración española. Ahora bien, ese Ateneo no duró ni podía durar más que los tres años en que se mantuvo el régimen constitucional.

El Ateneo volvió a España en 1835, de la mano de los liberales exiliados en Londres durante la llama “década ominosa”, si bien ahora enriquecido con nuevas ideas y planteamientos. Es fundamental que nos detengamos en él, pues este Ateneo ha servido de modelo a muchos de los Ateneos que se han creado después y base fundamental para entender la misión de los Ateneos en el siglo XXI.

Este Ateneo de 1835 va a recibir el nombre de Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, y es el resultado de muy diversas influencias. En primer lugar, es de Madrid, porque el nuevo régimen liberal traído en 1833 por la Reina-Gobernadora, María Cristina de Nápoles, tiene una fuerte influencia del centralismo francés, y Madrid como capital del reino debía ejercer esa influencia centralizadora. En segundo lugar, recibe como influencia inglesa el gusto de debatir libremente en centros privados como eran los clubs; el propio Duque de Rivas, primer Presidente del Ateneo madrileño, invoca a los clubs ingleses como antecedente de la nueva institución. A esta doble influencia se añade el gusto mediterráneo por la conversación

libre y abierta a la iniciativa particular que toma cuerpo en la tertulia del café. Ni la Academia de origen galo con su formalismo característico; ni el club minoritario y acceso restringido del gusto británico; sino la charla desenfadada, espontánea, sin normas ni cánones, abierta a veces al grito desaforado o al impropio descortés. Esta es la Tertulia española como categoría propia del genio particular hispánico, que luego se extendió a los países latinos de nuestra América; de aquí el éxito que han tenido los Ateneos, no sólo en el ámbito peninsular de lo español, sino en todo el conjunto iberoamericano.

Esta triple influencia se vertebró en torno al liberalismo como ideología articuladora de sus actividades. La exaltación de la libertad como principio político que debe proteger todas las actividades culturales fue el legado recibido de aquellas Cortes de Cádiz de 1812, donde españoles y americanos discutían en pie de igualdad los artículos constitucionales que deberían regir su convivencia. Este principio de una libertad que se considera consustancial con la dignidad humana es el nervio articulador de toda la actividad ateneísta en el mundo hispánico. Es una forma radical de entender el liberalismo, que no tiene nada que ver con el liberalismo anglosajón –ahora llamado neo-liberalismo– como principio regulador de la actividad económica sobre la base de oferta y demanda –*lessaiz faire, lessaiz passer*–; ni con el liberalismo francés que se constituye como principio regulador de una convivencia basada en el pacto constitucional, la división de poderes y el régimen parlamentario. El liberalismo español es el viejo liberalismo cervantino de creencia en la bondad y en la dignidad del hombre como ente moral solidario y generoso con sus semejantes, y en virtud del cual puede decir y hacer cuanto le venga en gana siempre que guarde y mantenga el debido respeto al resto de los seres humanos.

Es un liberalismo teñido del romanticismo que los exiliados españoles mamaron en Inglaterra de escritores como Walter Scott que había aplicado al ejercicio de la literatura aquel principio de Víctor Hugo: “el romanticismo es el liberalismo de la literatura”. Se trataba entonces de una rebelión contra el neo-clasicismo, pero que los españoles elevaron al cubo como concepción del mundo en cánticos como la exaltación del pirata en los famosos versos de Espronceda.

Que es mi barco mi tesoro
Que es mi Dios la libertad
Mi ley la fuerza y el viento
Mi única patria la mar.

Este liberalismo romántico tomará cuerpo en el Ateneo de Madrid y se extenderá después al resto de los Ateneos españoles o iberoamericanos. Según él, todo Ateneo debe entenderse como plataforma abierta a la disensión y debate libre de todas las

sobre la base del respeto al arte.

Esta descripción puede aplicarse en su integridad al Ateneo de San Cristóbal de La Laguna, en plena actividad tras los cien años de su fundación. Al visitarlo con motivo de tan fausta efeméride he comprobado en la atmósfera de sus salones, en la disposición de su mobiliario, en la decoración artística de sus paredes, ese aire romántico que le ha hecho perdurar durante un siglo en el ejercicio de su actividad, librando batallas memorables por la libertad de expresión y de pensamiento, rasgos inherentes a cualquier Ateneo que se precie, como estamos viendo.

En una España convulsa como la del siglo XIX esta ideología ha sido como el hilo conductor de una trayectoria nacional que ha ido evolucionando –aunque fuese de forma lenta y paulatina– hacia la “modernidad”. En el Ateneo de Madrid se puso como base la plataforma de despegue de un liberalismo amplio e integrador que culminó a principios del siglo XX en un programa de regeneración nacional, caldo de cultivo de la llamada Edad de Plata.

En ese proceso el Ateneo fue centro de acogida de movimientos europeos de amplio espectro que abrió a nuevos horizontes la panorámica nacional de la cultura. El krausismo, el positivismo, el institucionalismo, el liberalismo, el regeneracionismo se fueron alternando en esa apertura de la mente española, bajo el común denominador del liberalismo de fondo al que nos hemos referido reiteradamente.

En una sociedad cerrada a toda innovación, con una mentalidad reaccionaria y obsoleta, el Ateneo fue la puerta abierta que permitió la entrada de aires nuevos y renovadores; por eso se le llamó la “Holanda de España” y Cánovas del Castillo dijo que “en el Ateneo se puede decir todo lo que no se puede decir en ninguna otra parte”. Y hasta tal punto fue así que el Ateneo llegó a ejercer la función de sustituir a la Universidad en algunos momentos de su existencia. Así lo reconoció Unamuno cuando dijo que el Ateneo era “la institución de cultura más famosa de España; más que cualquiera de sus Universidades”¹.

El hecho hasta cierto punto es comprensible, puesto que las Universidades habían sido tradicionalmente fundadas por el Papa o por

mayor parte del patrimonio del Estado y convertirse en Universidades públicas. Ahora bien, como el Estado estaba también –como lo ha estado durante siglos– en connivencia con la Iglesia, la tutela de ésta sobre la docencia universitaria resultaba inevitable. Así surgieron los tremendos enfrentamientos entre el Estado y la Universidad que llevó en repetidas ocasiones a la expulsión de profesores, ya fueran krausistas, darwinistas o simples progresistas. Afortunadamente, aunque a largo plazo, la libertad de cátedra se consiguió y el principio liberal se impuso, haciendo que la Universidad se normalizase. Pero hay que reconocer que en esa normalización, el Ateneo de Madrid realizó una función ejemplar del mayor encomio. Y aún después de normalizada la Universidad pública, siguió ejerciendo esa ejemplaridad al crear en 1896 la Escuela de Estudios Superiores, germen de lo que sería después la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas presidida por el Premio Nobel, Santiago Ramón y Cajal, que también había intervenido en los cursos del Ateneo.

En este clima de ateneísmo profeso y entusiasta se genera el caldo de cultivo que dará lugar a la renovación modernista y a la llamada generación del 98. El Ateneo será la plataforma de difusión de la teosofía, un movimiento fundamental en las postrimerías del siglo XIX y la transición hacia el siglo XX. Desde el punto de vista de la historia de las ideas, y dejando a un lado su valor religioso, la teosofía ejerce una función esencial en la reconciliación entre ciencia y religión. Dados los planteamientos reduccionistas y materialistas del primer positivismo, ciencia y religión habían aparecido como dos actitudes irreconciliables entre sí. O se era científico, o se era religioso, sin posible transacción entre ambas, como manifestó J.W. Draper en su famoso libro, *Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia* (1876), que se convirtió en una especie de catecismo de aquel momento histórico².

La teosofía, surgida a partir de 1891, se convierte en una actitud mediadora entre ese positivismo a ultranza y otra mentalidad más abierta a lo religioso y al misterio, a través de una atención prioritaria a la matemática y a un pitagorismo que principalmente se nutre de ella. Es curioso que sea el Ateneo de Madrid, la caja receptora de

voz convicto y confeso; sus conferencias en la “docta casa” van a ser definitivas. El hecho es que el Ateneo se llena de teósofos: Rafael Urbano, Víctor Pérez-Díaz, Doreste, A. Bonilla y San Martín, Lucio Gil Fagoaga...³.

El propio Juan Valera se siente tocado por esta ola espiritualista de lo que algunos llamaban “budhismo esotérico” y escribe su última novela –*Morsamor*– movido por esas inquietudes. La teosofía influyó de forma decisiva en la creación artística de Valle-Inclán, sobre todo, a partir del tratado teórico que publicó con el título de *La Lámpara maravillosa* (1916), y recordemos que Valle-Inclán tuvo una relación personal estrechísima con el Ateneo; no sólo fue Presidente de la Institución (1938), sino que llegó a vivir en ella –un caso insólito.

Ahora bien, en ese cambio entre el siglo XIX y el XX, quien sin duda ejercerá una influencia decisiva será Unamuno, que alcanzó la Presidencia de la Casa en 1934 y actuó en ella como un verdadero animador cultural: intervenía en los debates, participaba en las tertulias, conversaba sin cesar por los pasillos, escandalizaba con sus posturas radicales... Estos hombres del 98 fueron los que abrieron el paso a otros de las generaciones siguientes: Ortega y Gasset, Marañón, Pérez de Ayala –generación del 14–, pero no tanto a los de la generación del 27, que encontraron su acomodo en la Residencia de Estudiantes: Alberti, Dalí, García Lorca, Buñuel... Y es que el Ateneo había puesto en marcha un proyecto cultural de largo alcance que ahora conocemos como Edad de Plata, dentro de un marco político –la II República– que este sí salió del Ateneo: Manuel Azaña, Fernando de los Ríos, Felipe Sánchez Román, Ángel Osorio y Gallardo...

Estos fueron los frutos de aquel liberalismo, que quedaron interrumpidos por la Guerra Civil, y que ahora –ya en el siglo XXI– pretendemos volver a incorporar en la sociedad civil: una sociedad laica, donde la política se haya secularizado definitivamente, si bien ahora haciendo frente a los nuevos retos. El Ateneo de Madrid pretende ser otra vez portavoz de la opinión de una sociedad civil que debe alcanzar renovado protagonismo, tomando postura ante una problemática que imponen ahora el avance de los tiempos. Desde esta óptica pretendemos marcar pautas a lo que a nuestro juicio constituye

misión esencial en los Ateneos del siglo XXI; tenemos en marcha un proceso de Federación de Ateneos de España, que conjuntamente con otra de Ateneos iberoamericanos ayuden a conformar una opinión pública de los países hispano parlantes que tenga voz propia en los foros internacionales.

Este es el gran reto del siglo XXI para los Ateneos del área hispana e iberoamericana. En un mundo crecientemente globalizado y en un proceso en que ésta resulta imparable, los Ateneos del siglo XXI constituyen un área geocultural que debe hacer oír su voz en el mundo. A este respecto nada mejor que volver a escuchar el llamado de aquel profeta de los tiempos venideros: el inolvidable y siempre presente Simón Bolívar. Como él decía en la *Carta de Jamaica* (1815) podemos también decir nosotros: “Seguramente la unión es la que nos falta para completar la obra de nuestra regeneración”⁴. Y ahora que Panamá ha vuelto a recuperar su dominio sobre la zona del canal también podemos afirmar y dar por bueno su supuesto: “Supongamos que fuere el Istmo de Panamá punto céntrico para todos los extremos de este vasto continente”⁵. Y una vez supuesto todo ello reafirmemos su declaración: “Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración; otra esperanza es infundada, semejante a la del abate St. Pierre, que concibió el laudable delirio de reunir un congreso europeo para decidir de la suerte y de los intereses de aquellas naciones”⁶.

Las palabras con que Simón Bolívar se dirigía al Nuevo Mundo, pueden aplicarse hoy al conjunto del planeta, envuelto en un

tecnología de la comunicación como internet puede ayudarnos a establecer un diálogo continuo y permanente. Los Ateneos, sin perder un ápice de su idiosincrasia hispana, podrán permanecer en comunicación permanente y hacer oír su mensaje en el mundo entero. En una civilización con la tentación permanente de desintegrarse en millones de fragmentos, el legado humanista e integrador de nuestra cultura podría realizar una función catalizadora que enviase una llamada insoportable a la unión y a la paz entre todos los hombres. El legado bolivariano volvería a tener una actualidad de mayor exigencia que nunca y el viejo ideal de la anfictionía podría hacerse realidad.

En un mundo de creciente globalización, los Ateneos son necesarios por su sentido de la integración y de la solidaridad –un mundo donde el conocimiento no ahogue la sabiduría y donde el sentido humano de la vida se mantenga y fortalezca.

NOTAS

1. M. de Unamuno, “La evolución del Ateneo de Madrid”, *Obras Completas*, Escelicer, Madrid, 1966; tomo VIII, pág. 367.
2. Juan Guillermo Draper, *Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia*, con prólogo de Nicolás Salmerón, Madrid, 1876.
3. Véase el artículo de Manuel Carretero, “Los teósofos en España”.
4. Simón Bolívar, “Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla”, Kingston, 6 de septiembre de 1815; en *Obras Completas*, Editorial Lex, La Habana, 1947; tomo I, pág. 174.
5. *Ibid.*, pág. 169.
6. *Ibid.*, págs. 172-173.